

TRIBUNA

Adela Muñoz

Profesora de Química Inorgánica de la Universidad de Sevilla



La intransigencia y el fanatismo que las dejó sin rostro durante el régimen de los talibanes son las mismas que ponen bombas en trenes y aviones y trae los velos más tupidos a los barrios de al lado

Derecho a mostrar la cara

RECIENTEMENTE se ha publicado en los periódicos que el Gobierno afgano ha remitido al Parlamento una propuesta de reactivación del Departamento de Fomento de la Virtud y Prevención del Vicio. Este hecho, que podría parecer anecdótico, ha disparado todas las alarmas porque durante la etapa más dura del Gobierno del régimen talibán un ministerio con este nombre fue el brazo ejecutor de la represión más feroz contra las mujeres que haya existido jamás.

Durante este periodo se prohibió a las niñas asistir a las escuelas y a las mujeres trabajar fuera de su casa y salir a la calle sin la compañía de un hombre de su familia. Se las obligó a ir por la calle tapadas con el *burka*, pudiendo ser apaleadas si dejaban ver un tobillo o una muñeca, por no hablar de las insalvables dificultades para acceder a la más mínima atención médica. La mitad de la población de todo un país estuvo privada de sus más elementales derechos, pudiendo incluso llegar a morir de hambre si no disponían de un *burka* con el que taparse para salir a la calle a mendigar.

La situación sin precedentes de las mujeres en Afganistán durante el régimen talibán, agravada además por la pobreza extrema de un país desarticulado por una larga guerra civil, no mereció por parte de la comunidad internacional más que condenas. Enérgicas, eso sí, pero ninguna acción efectiva.

El atentado a las Torres Gemelas de Nueva York hizo que el mundo se interesara por este olvidado país, donde se habían entrenado los terroristas que perpetraron la masacre y donde se encontraba el cuartel general de su comandante en jefe. Así pues, en un inesperado efecto beneficioso de este terrible atentado, a finales del 2001 se propició la caída del régimen talibán, que había apoyado a los terroristas del 11-S, y pudimos descubrir las caras de las mujeres afganas, de rasgos no muy diferentes a los de las españolas.



Las niñas volvieron a la escuela y algunas mujeres recuperaron los puestos que ocupaban en la sanidad o en la enseñanza antes de la llegada de los talibanes. Incluso muchas accedieron al Parlamento y la comunidad internacional se comprometió a ayudar a la reconstrucción de un país escenario de uno de los últimos episodios de la guerra fría, que lo devastó durante una larga guerra civil entre los talibanes, financiados desde Pakistán por Estados Unidos, y el Gobierno comunista apoyado entonces por Moscú. El presidente Bush incluso llegó a prometer un nuevo Plan Marshall.

Todas estas buenas intenciones pasaron a un segundo término apenas un par de años después cuando el objetivo prioritario en el área fue localizar "armas de destrucción masiva" en el vecino Iraq. Y así, aunque desde la caída de los talibanes más de un millón de niñas han sido escolarizadas, en el país sigue habiendo un gran porcentaje de analfabetos, que en las mujeres alcanza el 90% tras años de haber sido sistemáticamente excluidas de la educación.

Y el problema no queda atrás, pues desde enero de 2005 se están registrando cientos de ataques a profesoras y alumnas de escuelas femeninas, las cuales en muchas de las aldeas más remotas nunca llegaron a abrirse.

La seguridad de las mujeres que ocupan puestos relevantes tampoco está garantizada y así, el pasado 25 de septiembre, Safia Amajan, representante de las mujeres de la provincia de Kandahar en el Gobierno, fue asesinada cuando se dirigía a su trabajo. En las zonas rurales, donde vive la mayor parte de la población, muchas mujeres siguen llevando el *burka* por seguridad. Pero lo más preocupante es que el fundamentalismo musulmán, que propició la llegada del régimen talibán, tiene cada vez más peso en la sociedad, y los líderes religiosos son los que han presionado al conciliador presidente Karzai para que defienda la necesidad de "dar respuesta a la demanda pública que surge ante la creciente inmoralidad de la sociedad" reactivando el "comité antivicio".

No parece que sea ése el asunto más acuciante en un país que hoy ocupa el puesto 175 de un total de 177 en el índice de desarrollo humano de las Naciones Unidas. ¿Es esta medida el comienzo del fin de las escasas libertades que han disfrutado las mujeres afganas estos últimos cuatro años? Aunque Afganistán es un país lejano, la intransigencia y fanatismo que las dejó sin rostro durante el régimen talibán son las mismas que ponen bombas en nuestros trenes y aviones. También la que trae los velos cada vez más tupidos al barrio de al lado, como saben muy bien en Francia e Inglaterra. Por eso, el que las mujeres afganas no vuelvan a perder el derecho a mostrar la cara no sólo es una responsabilidad de todos, sino que puede ser en el futuro problema de muchos.

LA CIUDAD Y LOS DÍAS

Carlos Colón



Jaramagos de recuerdo

LAS mañanas de lluvia recupero la ciudad que tantas veces abandoné antes de que amaneciera. Aún sueño a veces, tantos años después, con esas noches en las que me dormía llorando y me levantaba —el cuerpo cortado por el madrugón, el corazón encogido por la partida, los ojos deslumbrados por las luces encendidas— a un mundo de besos y adioses; de descenso por empinadas escaleras en las que el silencio de la hora temprana y el portón cerrado multiplicaban los susurros y el ir y venir acarreado las maletas; de un ensanche de Regina quieto y oscuro, sin la agitación de los *isocarros* y los camiones grises del matadero, aún cerrado el mercado, echadas todas las persianas y cerradas todas las ventanas tras las que dormían quienes se despertarían a Sevilla cuando yo la hubiera dejado. Hasta que llegaba el Seat 1500 amarillo y negro, perdiéndonos de vista a la tía y los abuelos diciendo adiós desde el portal y atravesábamos la ciudad quieta, camino de la estación de autobuses, en un pesado silencio sólo roto por el metálico latido del contador del taxi.

En las oscuras mañanas de lluvia, como

La lluvia hace florecer en las grietas del presente amarillos jaramagos de recuerdos

fue la del jueves, me gusta pasear por la ciudad que jamás tendré que volver a abandonar, viendo cómo Sevilla se despeza bajo la lluvia, cómo refulgen los bares en calles que la noche se resiste a abandonar, cómo lucha la luz para abrirse paso a través de un cielo pesante de nubes oscuras, cómo van los niños a los colegios, cómo se abren los párpados de los cierres de las tiendas, disfrutando de la sensación de ser uno más, uno de aquí, uno que ve nacer y morir los días siempre tras la misma ventana; uno, por así decir, que no se va. Es como si ese niño tantas veces arrancado de Sevilla disfrutara del placer de quedarse; sin temer más separación que esa que no lo es del todo, porque el alma vuela al que está en San Lorenzo mientras el cuerpo se hace tierra de Sevilla o las cenizas buscan en alguna iglesia un hueco sobre el que, una vez año, pisen seis zancos.

Es un disfrutar glotón, como el de quien ha pasado hambre, del estar, del permanecer, del no abandonar, del dormir tras las persianas echadas y las ventanas cerradas como hacían quienes imaginaba, envidiándolos, despertándose a la Sevilla que yo abandonaba. ¿Por qué busco esta constatación de permanencia en las mañanas de lluvia? Quién sabe. Tal vez porque, por volver casi siempre sólo para la Semana Santa, apenas conocí de niño los inviernos que vivían quienes disfrutaban de la ciudad todo el año. O porque, como es sabido, la lluvia hace florecer en las grietas del presente amarillos jaramagos de recuerdos.

LA ESQUINA

José Aguilar



La escala de Cándida

CÁNDIDA nos toma por cándidos. Es la consejera más criticada de la Junta de Andalucía, pero al desastre en que se va convirtiendo el sistema educativo andaluz por causas que no dependen sólo de ella, pero también de ella, opone el buen rollito y la mirada autocomplaciente sobre la realidad. Si la realidad la desmiente con obstinación, Cándida Martínez la retuerce y distorsiona hasta que cante sus excelencias.

Como el informe PISA, de la OCDE, sobre el estado de nuestra enseñanza tarda más de lo que el inmediatez político demanda, la consejera ideó uno propio, con la realización de pruebas en Primaria y Secundaria a cargo de los profesores autóctonos, lo cual conduce a discutir su validez, puesto que parece más lógico que la auditoría —por así decirlo— del sistema educativo andaluz la haga un agente externo, sin interés en bendecirlo ni en descalificarlo. Con exigencia de objetividad, que se dice.

Ítem más. Como, a pesar de todo, el diagnóstico no sale demasiado favorable, Cándida Martínez presenta los primeros resultados sin permitir preguntas de los infor-

madores y con una lectura aparentemente neutra, pero que es más bien subjetiva. Con un truco de prestidigitadora (lean el editorial de la página anterior a ésta), la consejera nos induce a creer que los alumnos examinados han superado las cuatro pruebas a las que fueron sometidos, cuando la verdad es que en tres de ellas se quedaron algo por debajo de la auténtica nota media; es decir, suspendieron.

Suspenden sobre todo en Lengua y Mate-

máticas, esas dos herramientas imprescindibles para moverse por la vida que tanto echarán a faltar los chavales cuando hayan dejado de serlo. Claro que el mayor suspenso se lo lleva la consejera misma, a la que se lo venía advirtiendo media comunidad escolar y ahora se lo subrayan los datos de sus propias evaluaciones, aunque intente disfrazarlos con ardid precisamente de matemática tramposilla y lengua edulcorante.

Sería una demagogia imperdonable cargar sobre los hombros de Cándida Martínez la entera responsabilidad del fracaso de la enseñanza básica y media andaluza, que hunde sus raíces en problemas sociales profundos que escapan, desde luego, a su influencia y posibilidades. Pero, bueno, ya lleva seis años en el cargo, estas cosas están ocurriendo bajo su guardia y algo más podría hacer para alterar el rumbo fatal en que parece hemos entrado. Por lo menos admitir sus errores y fallos. Por lo menos no tomarlos por cándidos, Cándida.

→ jaguilar@grupojoly.com